

Obra de roedores

Daniel Sada

Ha desaparecido Abigail Centeno! Desde hace una semana salió a comprar cigarrillos y es hora que no vuelva. Las especulaciones son de tres profesores de enseñanza primaria (sin empleo por lo pronto) que no deciden "qué" ni "cómo" o "cuándo" y lo que hacen, por ende, es aguardar nomás, creyendo, por lo mismo, que están en lo correcto.

(Es el año 2046, año de alumbramientos esotéricos, según dicen los brujos oficiales.)

No obstante, hay un mundillo aparte: gente hormiguera y sucia que anda por escaleras y pasillos diciendo que el asunto no tiene vuelta de hoja, mas nadie dice "yo", ni pregunta si "alguien" hará "algo". ¿Cómo es que la noticia ha trascendido? Es que continuamente no falta algún vecino buscavidas que les toque la puerta, buscando a todas luces alimentar su morbo y soltarles, de paso, unos buenos consejos.

O sea que los tres hombres —cuatro con el ausente— viven apretujados en un cuartucho húmedo de los cientos que abundan en cualquier vecindad o gallinero urbano.

Tales intermitencias incomodan de veras a estos tres que embebidos, cual si fuese fantástico el suceso, muy de pierna cruzada platican y se engallan y vuelven al silencio. Por supuesto que exhiben sus temores, pero como no hay nadie que proponga alguna idea que sirva: lo mejor es brindar; de hecho, para decir "¡salud!" basta que uno de ellos alce y pasee en lo alto la botella que hoy brilla más que ayer.

La botella viajera, la que a falta de vasos deberá circular: de boca en boca: sabe diferente: se limpia la saliva que ha quedado en la punta y vengán pues los tragos espaciados, así el deleite dura y se somete a los asuntos que deberán surgir durante el convivio, mismo que noche a noche ciertamente se da, aunque no con refino de por medio.

—¡Ya no hay que abrirle a nadie!

—Pero es que...

—Que al cabo Abigail trae llave de la puerta

—Es que de todos modos...

Etcétera y etcétera... El caso es que la noche ya casi es madrugada. Hay atolondramiento, escamoteo de luces que se cuelan, y por lo que se ve: ya hasta bostezan los educadores, delirán, y lo malo, por tanto, es que repiten casi subconscientemente lo mismo que dijeron después de dos-tres días de...

Son las últimas frases las que siguen:

Tal vez esté viviendo una gran aventura. No, porque Abigail es más bien sedentario.

A lo mejor se fue para su pueblo. No, eso es más improbable. Tendría que dar aviso a las autoridades y es seguro que no le den el pase. El hombre está checado de por vida tan sólo por el hecho de ser el ciudadano número 2,608,536 del FEUDO TV/W26 y recibir salario provisorio, habitación inmundada y credencial de desempleado número 1,930, 225; de modo que es difícil que vaya a dondequiera...

Se enamoró en la calle y... De tajo se refuta un posible amorío.

De seguro ha de estar tres metros bajo tierra, o bien incinerado, mejor dicho. Puede ser, aunque...

Del círculo vicioso prosigue el entresueño, alcoholizados duermen, rebosantes, pensamientos en blanco que no pasan de ahí, y al día siguiente ¿qué?; sólo el rumor mendaz tiene consecución. Los vecinos comentan no tanto acerca del desaparecido, al cual, incluso, ya lo dan por muerto, sino más bien respecto a la flaqueza y al desdén que han mostrado hasta ahora esos tres paranoicos, sinvergüenzas ilusos, soñadores que sueñan en sindicatos únicos, gente llena de cohetes que no explotan o de esa que malgasta su pólvora iniciática en puros enfermitos... Así, no faltará un vecino que les sople al oído cosas inolvidables, mucho más feas quizá, pero acaso también mucho más formativas.

Y allí están todos fofos, tendidos en sus catres respectivos. Ahora con la nueva de que no aceptan ni una sugerencia. Ningún toquido vale. Que no se atreva nadie a conminarlos, a exigirles acción, porque se arma el relajo de a de veras.

(Es el año 2046, año de producciones a granel, según dicen los genios financieros, quienes tienen programas de tres horas, tres veces por semana —al igual que los brujos oficiales— en la televisión. Los tales se dedican a hacer desgloses a base de ecuaciones de una complejidad inenarrable y estadísticas varias para dilucidar el estado que guarda la economía hacendaria de este feudo. Que la distribución de los productos; que el sistema de flujos y reflujos; que las necesidades pecuniarias, o que el mercado negro no es tan negro en el fondo porque desintoxica las mecanizaciones del comercio oficial; considerando tales subterfugios no queda más que hacer —porque así lo hacen los genios financieros— un pronóstico real que se apoye en aspectos específicos, en claves adyacentes, donde por lo común se clarifican los márgenes de error, las muchas tonterías en que suelen caer tantos economistas, y para eso hay que ir directamente a las "equivalencias" o a las "variantes de último momento" establecidas con oportunidad en una tabla de codificaciones, la cosa es que... ¡Al demonio! ;ETCÉTERA!, de plano.

¿Quién entiende esas cosas?... Pues quién sabe.

¿Serán puras mentiras? ¿puras inconveniencias?... Bueno fuera.

Pero no cabe duda que los televidentes (o telespectadores) se rascan la cabeza a cada rato para seguir el hilo entretejido de la especulación, el hilo abstruso de los comentarios.

Televidentes ellos: se refocilan en la diversidad, consumen hartas horas en zozna pachorrez. Ven programas de embeleso económico-algebraico sólo por distracción. Ven programas de música ranchera ya computarizada al igual que secuelas, con dizque melodías que apenas duran unos 10

segundos, de música de rock (instrumental), de boleros cachondos con estrofas de máximo 2 versos, y que en serie transcurren por espacio de 6 ó 7 horas. Uno tras otro ritmo (en batahola), dijéramos que casi inadvertidos, es colmo y es choteo: aturdimiento vil al no haber chanza de que se repitan las mentadas secuelas más allá de 3 veces, y lo triste, también, es que ya no hay cantantes que salgan en pantalla como hace unos trienios sí salían, ahora, o por lo pronto, sólo voces en off, esto amarga y endulza al mismo tiempo a quien se atenga a la retacería (melódica y sin peso) y recuerde, por ende, a un puñado de rostros importantes, a cuerpos agradables que la nostalgia aviva, porque el presente es soso y ahogador.

A cambio hay un caudal de imágenes cambiantes cuyo encabalgamiento es tan acelerado que no hay mente capaz de registrarlo todo como debe de ser, nomás "los grandes rasgos" imprecisos, nomás la sensación que se aclimata a lo que es de por sí "medio vacío", medio, al cabo, infeliz.

Y hay un solo canal, para acabarla...

Pero también apagan los fulanos (porque sí, porque no) esa caja falaz, fantasmagórica, insaciable en sí misma, y entonces: ¿qué carajos?, lo cotidiano: ¿en dónde desemboca?, la realidad, la vida que se ve sin tecnicismos, y aun cuando se quiera ser parte de un ardor, de una inquieta molienda ratonera, no hay magia de por medio ni prohibida que incite, porque... Debe explicarse: los moradores de una vecindad, como la que se trae a colación, son simples desempleados, son ratas retacadas a la fuerza en esos escondrijos indigentes. Y que nadie se atreva a transgredir las normas, pongamos por ejemplo: el salir a la calle a lo tarugo, ya que tales sujetos inactivos están archirrecontracustodiados por esbirros que portan armas indistinguibles, de pe a pa, por lo visto, con potentes radares. Entonces por doquier pueden salir las balas y no se diga las ráfagas de fuego: zapatos - metralla, viéras que disparan... Mas un siniestro así nunca ha de suceder si todo es armonioso.

Cabe aquí la excepción correspondiente: cuando las ratas salen a traer los pisolabris a los supermercados populares hay un cambio de aires que no deja de ser un recreo inútil. Salir y pajarear concretamente: muy dentro del horario: y los regresos se efectuarán de prisa. Además es tristísimo el asunto, porque es tal la migaja monetaria que reciben al mes, que apenas les alcanza para adquirir cereales y papitas, cuando mucho bolillos y embutidos sintéticos, pues la carne para ellos ha pasado a la historia. ¡Cigarros!, eso sí, ¡muchos cigarros!

Abigael Centeno fuma como chacuaco, se deduce el pretexto, sin embargo como él no falta algún fulano que de repente salga, se la juega —Abigael Centeno puede estar a distancia burlándose de todos y de todo; estará muy a gusto en una especie de "limbo artificial", propiedad de este feudo— a sabiendas que por mucho que avance no llegará tan lejos o fuera de las áreas de quienes lo vigilan. Cualquiera que ande lelo por las ramblas al cabo de un período de 4 horas le sugieren, hasta eso con finura, aunque siempre de modo sentencioso, que regrese cuanto antes a la covacha que le corresponde, porque de lo contrario se lo habrán de llevar a un lugar sibilino, no sin antes noquearlo, o sea... Nadie sabe si allí es un infierno alegre... Pero si un desempleado intenta defenderse, entonces sí de plano lo ametralan.

Y nadie que sea cuerdo se complica la vida a menos que

se asuma como un aventurero. Es que al respecto las leyes son flotantes: cambian de un día para otro tan sólo con la mira de confundir (cuando no capturar, con sobrada intención) a tanta rata huérfana, dado que las astutas, las más frescas y de más mala leche, viven cómodamente.

¿Será que Abigael ya está cansado de ser un personaje bondadoso? Un profesor desliza la pregunta mientras que el dúo restante apenas la asimila. La indiferencia es clave, la respuesta es ambigua. Es que duele pensar que esa razón se obvía; incomoda el epíteto, porque ¿tontos?... ¡Caramba!, ¿quiénes serán más listos: los buenos o los malos? Pues no habrá discusión ni remate sabiendo... Seguirán en las mismas, aunque: ¡se acabó la botella! Ni una gota. ¿Ahora qué van a hacer?

(He aquí un informe al margen: a ningún desempleado le es posible tener siquiera un hijo, y si lo tiene tan luego se lo quitan. No sucede lo mismo si el estado decide que ha de emplearlo en una chamba equis. Sobre esto hay una ley que por supuesto el grueso de la masa desconoce, está identificada como PENA ALEATORIA y ha de tener alguna clave oscura salpicada de números y letras. Huelga además decir que un dispositivo de tal envergadura no produce en la plebe ningún tipo de crisis, es costumbre y es modo de evitar compromisos. No hay hijos de: ni madres, ni parientes, ni patria potestad.)

Pero, ¿qué viene a cuento?, ¿qué es lo que van a hacer? Trenzar y destrenzar suposiciones con la vaga esperanza de que el regreso en breve de Abigael Centeno contradiga de tajo la negrura de tanto sinsentido. Orillados, pazguatos e intranquilos querrán maravillarse, salir de la rutina del encierro pero sin que les venga a la cabeza entreabrir cuando menos la puerta de su cuarto.

¿Estará dando clases? No, eso ya se sabría. En el momento que una de las ratas es requerida por las autoridades —¡vaya que la noticia es positiva!— se les hace saber a los demás por medio de un oficio escrito en cartulina que se pega en un panel instalado a la entrada de cada vecindad. Salta a la vista pues que hubo ascenso de clase por obra y gracia de un dedazo mayor. Mayor es la sorpresa cuando a su vez se informa que vendrá un sustituto (un desempleado más) a ocupar la vacante (el catre, las cobijas) en cosa de unas horas. Muchas veces ocurre que vienen dos o tres o hasta cinco desempleados legales a encajarse en alguno de los cuartos donde originalmente vivían digamos cuatro, pongamos tres o dos, pero nunca uno solo. Es a los moradores, desde luego, a quienes corresponde adecuarse al espacio. La equidad reinará tarde o temprano mediante arbitrios ágiles; común es el volado salomónico, y de ahí se desprenden los demás prorrates. Si se pelean pues: ¡pobres!, ya vendrán los perdones, los nimios *ex absurdos*, porque no queda de otra. Sin embargo el reparto ratonero se realiza con gran delicadeza. Es que el gobierno es muy inteligente (a su manera, sí), pretende la armonía y no ha de permitir que haya impericia en las combinaciones. En el feudo en mención se ha llegado a la altura de suscitar entre los marginados convivios bienhechores: maestros con maestros, plomeros con plomeros, nunca mecánicos automotrices con poetas complejos, y así por el estilo cada cual a sus anchas con quien le dé más cuerda. En abstracto, no obstante, y desde una alta esfera del poder, todo parece neutro, desabrido quizá, y lo es virtualmente, pues

sería pretencioso y hasta idiota querer entrar a saco en tantos pormenores. Dicho esto así: que discutan entre ellos y se amolden a su resignación, al miedo afirmativo de saberse flemáticos en todo y medio tolerantes. Que dialoguen, que actúen dentro de su estrechez, que demuestren su empaque, si es que tienen... Y he aquí que los maestros, en estas condiciones de terror, responden al esquema:

—Es fácil enterarnos si Abigael ya tiene ocupación.

—Sí, es fácil... Pero si ya estuviera trabajando no faltaría un vecino que viniera a informarnos.

—Yo creo que lo mejor es aguardar, no sea que nos metamos en problemas...

De refilón se informa que han pasado diez días como si nada... El hombre no aparece y no se han molestado los fulanos por conseguir siquiera un poquito de alcohol. El encierro es parcial y atemperante porque ven tele sin cansancio alguno mientras comen (o roen) sus pingües alimentos.

De pronto, unos cuantos porrazos en la puerta, violentos e insistentes, los sacan del letargo. ¿Será la autoridad o quién diablos será? Sssst. ¿Abrirle de inmediato? La duda se prolonga... Desde hace unos tres días no hay quién venga a tocarles. ¡Abran!, ¡abran!, una voz de mujer se desgarganta. Una intimidación harito grosera porque hasta la meteca patalea contra el fierro herrumbroso que sirve de falso. ¡Abran, por Dios, les traigo una noticia que no les va a gustar! Pero los profesores de enseñanza primaria están muy divertidos con la televisión, justo en esos momentos en pantalla aparecen unas caricaturas de monitos que brincan y se trepan en unos edificios increíbles y se dejan caer como si nada. Milagrería hiperbólica de espectros multiformes. ¡Qué gran felicidad, qué intrepidez y qué mujer tan más inoportuna! ¡Abran, buevones, que esto es muy en serio! El pánico se ensancha y las tenebras en rondón se afilan... Mas la caja falaz desembaraza, ablanda, restituye, los pone a todo dar: hay un monito que es bastante elástico, el cual de una zancada cruza un río... Al fin, luego de tan molestos mandarrizos, y medio que no quiere pero sí, el más joven de ellos se acomode. Entreabre, se atreve, asoma la nariz primeramente, enseguida una mano y la cabeza entera. Ah, es la mujer tilica y de hot pants azules que vive en el 200. Es la verdolagana más famosa de esta vecindad, la del chisme caliente, la que mueve el pandero entre los inquilinos para soliviantarse. El profesor la enfrenta abriendo de una vez —mostrándole su pecho y sus puños crispados— nomás para saber qué novedad.

—Oigan todos ustedes— con su mirada tétrica ella busca a los otros que permanecen como troncos secos frente a la caja hipnótica, y se ríen además (un mono anda en las nubes; desde ahí, al parecer, quiere echarse un clavado, que al cabo que es de hule)—, ¿pues qué no saben lo que está pasando? De un tiempo para acá han desaparecido muchísimas personas. Tal vez su compañero sea una de las víctimas, y por lo que yo sé, porque tengo contactos con gente sabedora, en otras vecindades aledañas también ocurre algo parecido. En la F60/RT16 ya van tres que no vuelven desde hace como un mes y no hay anuncio de que hayan sido empleados. En la F24/RA02 ya van tres que no vuelven desde hace como un mes y no hay anuncio de que hayan sido empleados. En la F24/RA02 ya suman diez personas que...

—Eso es pura ficción —interrumpe uno de ellos, sin apartar la vista de la tele.

—¿Qué usted no se da cuenta que en este feudo las leyes y las normas cambian a cada rato sin que se entere nadie? —clame otro recostado y añade todavía—: Puede ocurrir que no les dé la gana anunciar en el panel acerca de que alguien haya obtenido empleo, porque de hecho desde hace un par de meses no ha habido movimientos de inquilinos y pues no ha aparecido escrito en cartulina el nombre de ninguno de los que habitan este gallinero. Así es que lárguese y no esté fregando.

—Pero al menos permítanme siquiera decirles una cosa —insiste la chirlera—: es que precisamente un argumento así me está dando de lleno la razón. En un caso como el que se presenta yo me dirigiría a levantar un acta a la OFICINA DE NECESIDADES; o sea, es el paso a seguir.

—¿Qué?!, ¿existe una oficina de ese tipo?, ¿cuándo la crearon?, ¿dónde?... A mí lo que se me hace es que usted quiere enviarnos a la boca del diablo —dice muy categórico el más garrocha de los profesores, el mismo que en caliente se incorpora y con rabia en sus gestos y en sus ojos amenaza volcarse encima de ella. Sí, va presto, aprovechado, enseñando su puño golpeador.

Entonces la mujer se echa a correr de plano. Sus gritos desatados despabilan a... No son muchos los gallos ni muchas las gallinas: cabezas hay, asomos, hay cierta comezón, pero como se trata de... Es la misma de siempre: la gritona. No obstante el episodio todavía no termina. El profesor más joven, el que no abrió la boca, solamente la puerta (un incidente al vuelo), detiene a la mujer con una sola frase:

—¡Señora!, a mí sí me interesa lo que usted trajo a cuento.

Y, en efecto, la mujer se detiene ya casi a la mitad de los peldaños de la lengua escalera.

Se da el acercamiento poco a poco, y la moderación. Las miradas brillantes.

Cierto es que había motivos para darle otro curso más propicio a la efusión reciente... La paranoia agrade porque no quiere más. Los profesores (ratas), bien se sabe, no querrán complicarse.

Pero el más joven de ellos sí abriga algo distinto, porque él y Abigael se conocían desde que eran chamacos: una amistad que nunca se rompió, un sentimiento en firme aun cuando por años se perdieron la pista. Mas la casualidad, que es tan humana como cualquier prurito, obró a favor de ellos y...

Se explica que el más joven, quitándose los miedos (cierto que había caído en la apatía por ser tan influenciable y tan conciliador), tenga el comedimiento de pedirle a la doña santo y seña de la tal oficina para ir de una vez a denunciar la desaparición de su amigo de infancia que de seguro o muy probablemente ha pasado con suerte a una mejor vida y, por ende, obtenidos los datos, regresa a su reducto sólo para informarles a aquellos timoratos sobre lo que en un tris ha decidido. Ir, despejar las incógnitas del caso o al menos darse idea de cuál fue el derrotero de Abigael Centeno.

—Está bien, está bien... Pero pues allá tú —profiere con desgano cualquiera de los dos, el más flojo ¿tal vez? Es que el más joven de los profesores ya tiene una idea fija, ya sólo piensa en ella y no le importa quien dijo o quién no dijo.

A lo que los restantes, los miedosos, ya se imaginan toda la secuela. Mientras tanto en la tele se informa con frialdad de los muchos conflictos que se están suscitando en lugares remotos, conflictos que a la gente (la de aquí, por

supuesto) en realidad muy poco le interesan, a lo mucho reaccionan emitiendo quejidos comunes y corrientes: un "¡hijo!" o un "¡ay!" y nada más.

Saber acerca de la problemática que existe en otros feudos hace pensar, acaso muy al sesgo, que desde luego en éste jamás sucede nada, nada tan alarmante ni tan negro. De hecho en la pantalla hay sangre al por mayor, diversas explosiones, zafarranchos urbanos donde la policía resulta victoriosa, mas todo es tan ajeno que entre más lejos sean las hecatombes (en los feudos de China o en los de Cabo Verde) mejor será el efecto del mensaje; y así, capciosamente, se suceden ráfagas de noticias tremebundas cuyas secuencias duran cuando mucho unos treinta segundos. De manera resuelta los miles de infortunios se alegorizan tanto que hasta da la impresión que todo ha sido montado de antemano, que son ficticias las calamidades y que por eso mismo los ratones de aquí son y serán unos privilegiados. ¡Y venga la flojera a expensas del terror subliminal!

A resultados se da en los receptores pura desesperanza ironizada que a veces ni siquiera llega a eso. Los profesores saben, aunque a final de cuentas se hagan patos, que hay un enorme abismo entre lo que se informa y lo que ocurre verdaderamente aquí y en varios sitios. La tele, por ejemplo, jamás destaca la serie de siniestros que a diario se suscitan dentro del área del FEUDO TV4/W26; no se informa tampoco sobre posibles cambios que a nivel de las cúpulas feudales se dictaminan de un momento a otro en beneficio del ámbito local. Todo es secreto a voces: cuando mucho: hablillas que pululan por doquier. De nada sirve que hayan porcentajes más o menos exigüos de revistas, periódicos y otras publicaciones, habida cuenta de que sus importes son tan exorbitantes y es tan incierta su circulación, que no alcanzan siquiera a ser basura que pueda procesarse.

En este feudo, el "de las maravillas" —como reza el eslogan de la televisión— no existen librerías: bibliotecas sí hay: sólo en las academias populares, las cuales no rebasan los dedos de una mano, pero en los anaqueles no figuran más que algunos compendios de mapas ilustrados y un número incipiente de folletos, manuales e instructivos que en rigor son chuscadas, tomaduras de pelo.

Y ya entrando en calor huelga decir de paso que el arte más reciente es clandestino, pues lo que se difunde a cuentagotas es lo ya asimilado desde hace muchos años; no obstante es centelleo que no alborota a nadie, son puros simulacros fragmentados.

El periodismo ¿existe?... Al dirigirse el joven profesor a la OFICINA DE NECESIDADES, al respirar el aire de la calle, casi indirectamente se hace unas dos o tres preguntas al respecto, surgirán en su mente otras más relativas al sinfín de vacíos que se padecen y que deben cubrirse cuanto antes. Piensa que si ha de ir a un sitio como ese, nunca estará de más aprovechar el viaje para hacer de una vez —aunque sea de memoria— un extenso enlistado de demandas. ¿También cabrán las cosas personales?... ¡Cómo quisiera el joven que lo enviaran a un cuarto con más luz donde pudiese convivir a modo con gente no tan floja!; él, que llegó hace apenas cuatro meses como un advenedizo, al igual que su amigo Abigael, a ese cuarto mugroso, bien podría sospechar que el desaparecido lo que realmente hizo fue pedir que lo enviaran a otra vecindad.

Eso está prohibido, nadie tiene derecho a escoger compañías ni aposento a su gusto, pero como las leyes a cada rato cambian, pues es bueno desear lo más bonito.

Sumido en reflexiones el joven profesor, de nombre Jaime Cerda, quien es el desempleado número 3,747, 519 de ese feudo en mención, de pronto se percata que no hay gente en la calle ni medios de transporte ni policías con ametralladoras ni pájaros ni perros. Y avanza... Dobla aprisa la esquina tan sólo para ver la ignota longitud de vecindades hechas al vapor; uniformes y grises ratoneras donde la paz parece fantasmal. Una inyección solar reverberante hace que aquello irradie plenitud, la ambigua plenitud que debe convenir a las autoridades. Plenitud agorera, dijérase gozosa, cargada de silencio y bienestar... El joven se pregunta si hoy es un día importante, porque nunca había visto que la ciudad viviera un apaciguamiento de tal naturaleza. Se percata, asimismo, que las cancelas de los edificios están todas cerradas, pero hacia el interior de cada una de ellas, y a manera de alivio, hay chucheos incesantes, paradójicamente, como si fueran cárceles festivas.

Jaime Cerda, por tanto, empieza a sudar frío. A cada paso dado va como amedrentándose, su encono se agudiza, lo hace voltear a ratos hacia atrás, siente que la distancia que todavía le falta para doblar —si quiere— la otra esquina es demasiado grande. Y sin embargo sigue... Él sabe a donde va, con las indicaciones en su haber sabe que aun desviándose del rumbo llegará a la OFICINA... No es un sitio imposible.

De por sí cuando sale a comprar pisolabis es como un maniquí, un autómatas hurao que visto desde arriba sería el



Anónimo, *Bañistas*, hacia 1848-1855

modelo óptimo a imitar; es, por así decirlo, el que busca y encuentra la distancia más corta hacia el supermercado más cercano, sin bobeos echadizos ni zorreos de fisgón, sin que sea molestado —¿para qué dar motivos? —por ningún teco-lote, o cuico o pepsicolito, porque así se les llama a esos disparadores, etcétera y etcétera; por diversas razones podrían surgir más motes pintorescos, la cosa es que cualquiera es merecido. Razones diferentes ha de tener el tipo para no detenerse en sus trayectos, este mismo que ahora dobla la esquina y ve con ilusión... La arquitectura de esta cloaca urbana es repugnante, ¿para qué contemplarla?, es seriada hasta el grado del hartazgo, es lo que a las carreras la plebe puede ver, puesto que lo popof se encuentra muy aparte: en medio de murallas resguardado, invisible, quimérico. Una estrechez ¿feliz?, a la que el grueso de la plebe llama "la ratonera abstracta". En cambio ante los ojos del joven profesor el espacio se aviva, la derechura es casi como un sobrentendido. No obstante hay un regalo: la calle vocinglera, hay gente circulando como a unas cuatro cuadras... ¡Vamos!, allá está la sorpresa.

Y avanza, avanza cauto el tipo, el maniquí que ya dejó de serlo, al menos por ahora.

¿Ahora? ¿Desde antes? No lo puede creer: conforme se aproxima al zipizape observa y especula poniéndose una mano en forma de visera, nota, de sopetón, algo que nunca ha visto: ¡mujeres!, muchachitas, cenceñas, regordetas, ancianas, más mujeres: las mismas que festejan, las que brindan y bailan a sus anchas, ningún hombre, ¿por qué?, excepto los esbirros: unos tres por ahí: que rompen con su esquema porque fuman y beben, ¡increíble!, se pasan la botella: de boca en boca, y ríen: sentados en la acera: desguachipadamente, despatarradamente. Un solaz infernal. Venturosa anarquía paradigmática o aciago pandemónium que se excede propiciando jaleos, alebrestando a cuántas: ¡ellas, locas triunfales!, y el profesor ¿qué hace?, medio que titubea y medio que detecta, decide, en consecuencia, acelerar el paso, no sea que les resulte un personaje incómodo. Así, al doblar otra esquina ve exactamente lo que vio allá atrás: ¡mujeres que deambulan con autosuficiencia!, salerosas hetairas lucidoras se confunden ahora con damas recatadas. La situación induce a que no haya zanguayes ni sandios disimulados sino encuentros fortuitos y regocijo al máximo, se suscitan, por ende, los diálogos casuales de mujeres que llegan y se van para que vengan otras y celebren. La mojiganga vibra, podría degenerar, en tanto el profesor, tratando de darle orden a sus presentimientos, se echa a correr de plano en busca de refugio. Las que lo ven lo juzgan como una rata intrusa que hasta provoca risa de tan inofensiva y despistada. ¡Deberá enloquecer de un momento a otro!, al puro desenfreno ha de doblar esquina tras esquina escuchando los ruidos no sólo femeniles sino los de bocinas instaladas en sitios estratégicos de donde salen valeses y mazurkas entremezclados con salsa caribeña o música de rock con arias operísticas, amén que las secuencias apenas duran unos diez segundos y el encabalgamiento es incesante. Vil contraste esquivoide que adrede fue grabado en un solo canal, cual si se ponderara, a base de armonías—desarmonías, el retorno flagrante a los orígenes: ¿el matriarcado en pleno nuevamente?, ¿habrá otra vez relevo? Todo indica que sí, porque nunca en el feudo las mujeres se habían manifestado como ahora. Imposible observar tanta vehemencia en ellas, tanta espontaneidad y demasia. Hoy, por lo pronto,

las mujeres son reinas poderosas y, por lo que se ve, los hombres son ralea. Es explicable entonces la burla que ellas hacen (el festejo) de las músicas machas que a lo largo del tiempo se han impuesto y repuesto. La revoltura es tan vivificante que de igual modo exalta y satiriza (muy a todo volumen) una historia plagada de injusticias y un triunfo anunciador de un nuevo orden quizá definitivo. Aquí empieza la historia: las mujeres arriba. Así debe pensarlo el profesor que corre, que ha de seguir corriendo como loco a fin de huir del gubio laberinto. No obstante se detiene al doblar una esquina, la enésima, ¿la última?... Pero cierra los ojos durante unos minutos. Se tapa los oídos, y avanza, sin embargo, por inercia. A tientas. Desgraciado.

De rato el pobrecito correlón, sintiéndose basura, vuelve a ver lo que vio: movimiento, mujeres, música todavía, lo mismo: enfatizado, como una pesadilla. Mas he aquí la sorpresa: por vez primera ve a unos ciudadanos que más que hombres parecen monigotes, helos acompañados bien a bien: hembras—machos: parejas, dos o tres, parejas que se besan en la boca, no con ternura, no, al contrario: con agresividad, pues más que ostentación de saboreo el agarre parece lucha libre. Hombres salidos de quién sabe dónde, atrapados por ellas: juguetitos. Y Jaime Cerda ríe de buena gana, bah, quiere entender por qué pero no entiende mucho y es por eso que increíble se sienta en la banqueta, deseoso de quedarse largo rato mirando el espectáculo.

Cuadros aquí y allá. Parejas que se van tomadas de la mano después del escarceo, otras que llegan y se distribuyen. ¿De qué se trata o qué?, ¿por qué no buscan más intimidad? Son preguntas que se hace el profesor como cualquier transeúnte despistado que ande por ahí... Es bastante curioso que las parejas opten por un lugar tan feo, siendo que en este feudo hay algunos jardines, árboles colosales que dan sombra, aunque sean de a mentiras, de hule o plástico duros.

Y los hombres parecen títeres exquisitos, y las mujeres: lobas, y...

Cuando está el profesor más embebido uno de los esbirros se le acerca y sin más arremete:

—¿Y usted qué hace aquí?

—Pues es que me dijeron que podía ir a la OFICINA DE NECESIDADES a denunciar un caso de desaparición.

—Es mejor que regrese a su covacha. Yo sé lo que le digo.

—Pero es que...

—¡Lárguese!, o ya verá.

Y le apunta con una metralleta.

Jaime Cerda obediente, sin mostrar desconfianza, se incorpora sereno o, mejor dicho, con una lentitud exasperante, es su respuesta cínica ante una humillación tan declarada, e inicia su retiro paso a paso.

—¡Córrale, muerto—de—hambre, o si no lo fulmino!

No tiene el desempleado más que huir *ipso facto* cual rata que se siente acorralada. Teme ahora sí lo peor: un balazo en la nuca, y descompuesto corre a todo lo que da. Gana la esquina a fuerzas, no pudiendo evitar que al dar la vuelta, toda vez que el amague parece concluir, se detenga y jale aire, se tambalee mareado y se recargue exhausto en la pared.

Nomás por dignidad, por instinto también, por subsanar su encomio, no se desploma el pobre. Respira hondo y se olvida de la persecución. No hay tal... Por el momento... ¿Podrá recuperarse? No descarta un acoso posterior... Luego de

unos minutos de apremiante zozobra prosigue su camino, ahora ya con pasos naturales.

Y ve y siente y pretende estremecerse. Agobiante largueza la que sus ojos captan. Un sol ahogado en nubes al final de la calle. Es la tarde barniz adormecido en sucia perspectiva, y es resabio la música: recreo, órdiga, cataclismo, tal vez extravagancia, y los besos ¿qué son?, ¿blandura que no sacia?... Mas todo es impreciso para quien se ha vencido; el profesor entiende que ha de volver un poco avergonzado tan sólo por el hecho de haber querido ir a la tal oficina en busca de su amigo de la infancia. Sin embargo ¿qué?, ¿cómo? El buscador cree verlo, pero hay una apariencia de velamen traslúcido que apenas le permite distinguir la silueta de... Se acerca por lo mismo: cauto e inquisidor... A conveniencia esgrime, para desavenir cualquier ilusión óptica, un deseo afirmativo: Abigael Centeno se recrea y se sublima al besar en la boca a una gran mujer, está como en las nubes, dejándose llevar por cuanta maravilla. Es, ¿sí?, probablemente... Es por eso que el joven profesor no se aguanta las ganas y raudo se acomide tratando de llegar lo antes posible adonde aquel encanto. Muy a todo pulmón, en la carrera, le grita contentísimo a su amigo de infancia:

—¡Abigael! ¡Abigael!... Soy Jaime...

Sí, en efecto, el dizque incinerado reconoce la voz, la difusa figura que ya viene a su encuentro. En el acto persuade a la mujer para que juntos huyan tomados de la mano, huir a cuanto den sin mayor contratiempo: se van, se van...

—¡Abigael!... ¡Detente!...

Se van como si huyeran de una sensación endemoniada, contra el sol sus siluetas se van desvaneciendo al ritmo de la música... Y la pareja es una idea señera que el profesor persigue con determinación antes de que se esfume para siempre. Sin embargo se frena... La imposibilidad... A fin de cuentas medra el desconsuelo. La idea que se perdió, el vislumbre procaz de algo parecido a un triste escurrimiento que ha doblado la esquina, la insinuada, la incierta, la que tal vez existe solamente para ellos... Por ende Jaime Cerda ya no puede dar más. Al cabo se resigna, cual es su condición, viendo la derchura de la calle: en grave pinturreo crepuscular...

Queda la sensación reducida a un vahido. Allá, quién sabe dónde, el dizque profesor desentendido, el dizque bondadoso, acaso se consuma, y a punto se evapore, en las llamas benignas del placer.

Y la música: abstrusa, más que nunca: baldía.

Estoico el buscador al fin baja la vista y sonríe un tanto escéptico. Una suerte de afán roborativo lo obliga de momento a quedarse azorado, como estatua de sal, en mitad de la calle. Expuesto e indeciso ¿a dónde puede hacerse? Ah, un claxon de autobús lo despabila, no quedándole de otra que orillarse al instante. Cierro que es un vehículo repleto de mujeres que como tromba cruza pita y pita...

¿Seguirlo con la vista? ¿Avanzar en la misma dirección? Inanimada tregua, fallido derrotero. Perplejo el profesor, un tanto a la deriva, bien sabe que si quiere regresar adonde su guarida tendrá que ir doblando esquina tras esquina de tal suerte que encuentre otros cruentos y acerbos simulacros. Pero no; mientras sigue avanzando, ya casi por instinto, hacia el lugar del cual no debió haber salido, nota lo que notó primeramente: el vacío callejero, como un desahogo impredecible.

Gran revuelo de voces femeninas se ha formado en el

patio del gallinero urbano F93/RC31, el mismo al que para eso de las 8 p.m., llega desencantado el joven profesor, quien sin apercibirse del rugiente mitote de largo y gana la escalera. Una fuerza brutal (o un imán infalible) lo hace virar sin pena y sin prejuicio. Por ahí, como sea, de entre la muñidiza mujeril, saca el pico de pronto la gallina tilica, esa verdolagana tan chirlera, es ella quien le hace un ligero ademán a la vez que una mueca demandante, casi como inquiriéndole: "¿Qué nueva trae a cuento?", pero Jaime más bien le lanza una mirada criminal y masculla inyectivas que reprime contrahecho, después le da la espalda.

Lo demás es caer en el abatimiento como lo hacen los otros que ahora lo ven llegar bastante amilanado. Tendidos en sus catres respectivos los flojos se solazan en su flojera ideal, que en este caso es sabiduría. Todo una acción ilusa, innecesaria, se refleja en la cara del joven profesor. Perdedora de tiempo, según, (adivinanza). Y se hace un silencio *sui generis*, parcial, tan sólo quebrantado por las voces en off de la televisión. ¡Ha llegado el momento en que inicia el programa de los brujos del feudo! Pura especulación... Sin que se lo pregunten Jaime empieza a narrar su periplo en las calles. Les cuenta *grosso modo* acerca de los cambios, de las tantas hazañas femeninas, de que vio a Abigael, pero ¿quién sabe? A lo mejor sí era... De otros muchos detalles indistintos que la mera verdad los flojos muy al sesgo oyen de mala gana. Para ellos tal periplo, con todo lo que tenga de alarmante, pues no pasa de ser un desvío fatigoso comparado con esto: la serie sugestiva de augurios sibilinos que semana a semana dilucidan los brujos oficiales. Por simple cortesía, y a manera de cierre, uno de ellos le dice:

—Eso ya lo sabíamos.

—...O al menos lo intuíamos —compone el otro flojo. Así, desfallecido, el joven profesor se acomoda en su catre lentamente; cierto es que avergonzado de haber ido a lo bruto adonde no debió, se dispone a mirar con alevé inocencia el silueteo amorfo que aparece en pantalla:

"Para el mes de febrero el planeta Saturno influirá en los signos de aire y tierra..."

"Recuerden que es el año 2046, año de ascensos súbitos, porque de acuerdo a..."

"Los días 15 y 21 de este mes son claves para aquéllos..."

Propinuidad y suerte. Secreta algarabía que a falta de vivencias de otra índole pretende darle cuerda a los presentimientos. Éxtasis inductivo que mal que bien es una vitamina para quienes no tienen más motivo que la desilusión, y he aquí que la tele viene a ser una droga sin tacha.

¿Después?... Todo vuelve al nivel de las aguas que corren... Nada más, nada menos.

Sin embargo, pasados unos días, se oyen unos porrazos en la puerta.

—Ya no hay que abrirle a nadie —sentencia el más garrocha.

Pero desentendido, o meramente para desaburrirse del juicioso ostracismo, el joven profesor se sale del esquema y, contra las advertencias de los flojos, abre otra vez la puerta. Como un radiante espectro inofensivo se presenta de golpe una mujer de unos treinta años. *Soy Lucía Mendizabal*. Desconocida hasta ahora, aunque... Su figura, es posible... No es del todo... ¿Quién es? Y pide entrar, y entra, y suelta lo siguiente:

—Sólo vengo a decirles que Abigail Centeno ya está muerto —Ah, ¿cómo es que dio con esta dirección?, se preguntan los tres. Fácil es sin embargo la respuesta, la han de encontrar al vuelo: todos los desempleados están bajo control, localizarlos no es ningún problema—. He venido hasta aquí para que uno de ustedes me acompañe. En unas horas más será quemado el cuerpo del difunto y es necesario hacerlo en presencia de alguien que lo haya conocido, sea pariente o amigo, o simple compañero de morada.

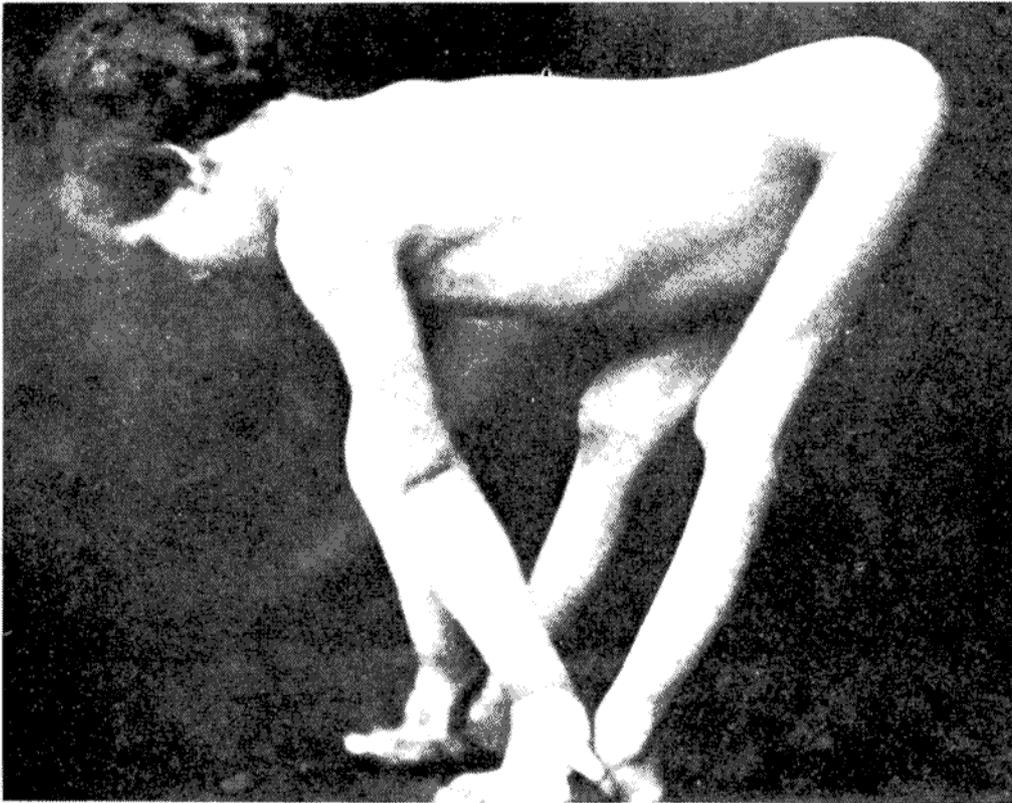
Trampa. Oportunidad. Dilema. Despropósito. ¿Qué de qué decidir? Se hace un silencio turbio que da vértigo. La duda merodea, despunta al fin y al cabo la aciaga consecuencia, se sitúa la reserva porque se sobrentiende la intención: al menos los dos flojos susodichos ya tienen la respuesta. En cambio Jaime Cerda, que mira esperanzado a la mujer, piensa que ella es su salvadora, entonces ve con asco el aposento y sabe

ciertamente que por las circunstancias que se viven hoy día, cualquier dificultad adicional será mucho mejor que seguir encerrado viendo televisión, también, y ¿por qué no?, irse de allí tal vez le sea más que propicio indispensable para vivir ahito en el placer.

—Yo me iré con usted —le dije Jaime al canto.

Existen dos caminos evidentes. Un tercero sería regresar cual si nada a la vida de siempre. Pero al menos el riesgo ya ofrece algo distinto, porque tiene el encanto de la casualidad.

Sin pensarlo dos veces el joven profesor abandona el cuartucho. En tanto la mujer les sonríe a los dos flojos recostados. Su blanca dentadura reluce horripilante. Su sonrisa de loba —su gesticulación, hasta la misma forma en que les dice "adiós"— revela su propósito. Sale al fin afanosa, con ínfulas de diva seductora. Luego cierra la puerta. □



G.B. Duchenne de Boulogne, *Muchacho afectado, desde los seis años, de una parálisis atrófica que dañó los músculos motores de sus miembros inferiores, 1852*